

La crisis en la educación teológica

Por Pablo A. Jiménez

Introducción

El campo de la educación teológica en el mundo de habla hispana está pasando por cambios pues profundos. Desde el punto de vista positivo, hoy existen más escuelas de teología que nunca antes en América Latina y en las comunidades de habla hispana en los Estados Unidos. Existen distintos tipos de instituciones educativas, tales como institutos, colegios bíblicos y seminarios, tanto acreditados como no acreditados. Del mismo modo, hoy contamos con más recursos bibliográficos y recursos audiovisuales que nunca antes, muchos de ellos producidos originalmente en español.

Desde el punto de vista negativo, no podemos negar que el modelo tradicional de seminario está en crisis. Décadas atrás, era común que las denominaciones protestantes “históricas” tuvieran seminarios en algunas de las capitales más importantes de América Latina, tales como Buenos Aires, Ciudad México, San José, San Juan y Santiago, entre otras. Jóvenes, por lo regular varones, recién graduados de universidad se hospedaban en estas escuelas por varios años hasta que obtenían grados académicos avanzados que les calificaban para la ordenación. Se esperaba que los graduados de estas instituciones dedicaran el resto de sus vidas al ministerio cristiano. Hoy, algunos de esos seminarios, como el *Instituto Superior Evangélico de Educación Teológica* (ISEDET), ubicado en Buenos Aires, han cerrado sus puertas. Otros siguen abiertos, pero cuentan con un número disminuido de estudiantes.

El contraste no puede ser más claro: mientras algunos institutos bíblicos no acreditados—relacionados mayormente con el movimiento Pentecostal y con Iglesias no denominacionales—cuentan con centenares de estudiantes, los seminarios protestantes

tradicionales batallan para sobrevivir. Esto nos lleva a una pregunta inevitable: ¿Cuáles son las causas de la crisis en la educación teológica?

En este breve ensayo exploro varias de las causas de la crisis en la educación teológica tradicional. En particular, señalo tres causas principales: El racismo inherente al sistema colonial, la dictadura de la pirámide educativa y la falta de creatividad en los programas.

Racismo, coloniaje y educación teológica

Aunque parezca un contrasentido, no podemos negar el impacto del sistema colonial—y del racismo inherente a ese sistema—en el mundo teológico hispanoamericano. Las manifestaciones de este sistema colonial son múltiples, tantas que sólo voy a comentar algunas de sus expresiones.

En primer lugar, es bien sabido que la predicación del Evangelio llegó a América Latina de mano de la empresa colonial europea. España, Portugal, Inglaterra y Francia fueron los poderes coloniales que dominaron la conquista violenta de las Américas. Los primeros líderes religiosos que llegaron al Nuevo Mundo, tanto católicos como protestantes, habían sido educados y ordenados en el Viejo Mundo.

La educación teológica en América Latina nació mirando hacia Europa. En el campo católico, muchos sacerdotes latinoamericanos estudiaron en España. Otros estudiaban en seminarios ubicados en América Latina, pero acreditados por Roma. Esto explica porqué en varios países latinoamericanos, como México y Puerto Rico, todavía existen leyes que impiden la acreditación de programas de educación teológica. La acreditación local no hacía falta, dado que los estudios eran validados desde Roma.

En el campo protestante ocurrió algo similar. En varios países de América Latina, a pesar de ser mayoritariamente católicos, se toleraba la presencia de Iglesias protestantes que sirvieran a comunidades de inmigrantes europeos. Estas comunidades de fe, denominadas en Argentina como “Las Iglesias del trasplante”,¹ importaban sus ministros desde sus países de origen. Estos líderes protestantes no sólo habían estudiado en Europa sino que, en muchas ocasiones, celebraban los cultos en sus

¹ Villalpando, Waldo Luis, Christian Lalive d’Epinay & Dwain C. Epps. *Las Iglesias del trasplante: Protestantismo de inmigración en Argentina*. Buenos Aires: Centro de Estudios Cristianos, 1970.

idiomas vernáculos. Aunque parezca increíble, por varios años funcionaron en América Latina Iglesias luteranas y moravas que adoraban en alemán. Las personas que no pertenecían a estas comunidades inmigrantes, o que no se relacionaban con ellas por matrimonio o por empleo, no podían asistir a estos cultos protestantes.

El auge misionero del siglo XIX trajo las “misiones de fe” a América Latina. Estas eran agencias misioneras independientes que no estaban afiliadas a las grandes denominaciones tradicionales. ¿Por qué? Porque las denominaciones protestantes europeas entendían que América Latina era un continente “cristiano”, ya que había sido evangelizado por la Iglesia Católica. Por lo tanto, cuando trazaron sus ambiciosos planes para evangelizar el mundo, se concentraron en desarrollar actividades misioneras en África, Asia y Oceanía.

Claro está, un gran número de líderes cristianos europeos y estadounidenses veía a América Latina como campo de misión. Estas personas organizaron grupos misioneros independientes de las denominaciones tradicionales y sufragados económicamente por donativos privados, que enviaron misioneros a la América de habla hispana. Estos grupos, conocidos como las “Misiones de fe”, tendían a ser mucho más conservadores que las agencias misioneras tradicionales. Ese conservadurismo se manifestaba de varias maneras. Por un lado, animaba un espíritu anticatólico que se manifestaba en el currículo del estudio, pues todas las escuelas teológicas protestantes de la época incluían cursos de “romanismo” que señalaban los errores de la doctrina católica y le enseñaban al estudiantado cómo refutarlos. Por otro lado, ese conservadurismo religioso en muchas ocasiones se aliaba a un conservadurismo político y social. Algunos de los misioneros, aun de aquellos que dieron su vida en servicio a la iglesia en América Latina, sostenían visiones racistas, que les llevaban a menospreciar en privado las culturas hispanoamericanas y la vida de las personas “no blancas”, particularmente de las comunidades indígenas y afro-descendientes.

Tomemos, a manera de ejemplo, el ensayo de Carlos F. Cardoza-Orlandi titulado “Nos llamaron ‘Mulatos, fiesteros, pero redimibles’: Antropología misionera y definición del protestantismo en Puerto Rico”.² En dicho escrito, Cardoza-Orlandi documenta los comentarios peyorativos que escribieron algunos de los misioneros

² Cardoza-Orlandi, Carlos F. “Nos llamaron ‘Mulatos, fiesteros, pero redimibles’: Antropología misionera y definición del protestantismo en Puerto Rico”. *Apuntes 14:4* (Invierno 1994): 99-111.

estadounidenses en contra de la comunidad puertorriqueña a la cual servían. El ensayo comienza citando una frase de George Milton Fowles, quien expresó lo siguiente sobre el carácter puertorriqueño: “Pero no pueden erradicar las señales inequívocas de la raza negra”.³

Cardoza caracteriza los comentarios de Fowles de la siguiente manera:

*...al autor hace alusión a la incapacidad de los puertorriqueños de tomar responsabilidades, a la falta de interés en la dignidad del trabajo, a la mala práctica de los juegos de azar y los vicios, al descuido en la vestimenta y a la ausencia de sentido democrático donde la mayoría decide por todos.*⁴

Este racismo institucional persiste hasta el día de hoy. Aunque parezca increíble, algunos programas de educación teológica en América Latina dependen de profesores que no hablan español y que, por lo tanto, ofrecen sus cursos por medio de traductores. Como es de esperar, el estudiantado de estos programas se pregunta quien es el verdadero “profesor” de la clase: el docente extranjero o el traductor. Otras escuelas tienen en la facultad personas extranjeras y criollas que hablan español, pero que solo usan recursos bibliográficos traducidos del inglés, preferiblemente escritos por autores de su propio movimiento o denominación. De esta manera, se ofrece una educación teológica básica, a veces de buena calidad, pero descontextualizada, ya que el estudio de la Iglesia en América Latina y el uso de libros de texto escritos por personas latinoamericanas brilla por su ausencia.

Desgraciadamente, ese racismo institucional también se manifiesta en algunas de las instituciones de educación teológica más importantes de los Estados Unidos. Primero, lo vemos en la ausencia de programas teológicos a nivel graduado orientados hacia la comunidad de habla hispana, que ya forma más del 18% de la población estadounidense y que compone gran parte de las nuevas iglesias protestantes, pentecostales y evangélicas que se están sembrando por todo el país.

³ La cita directa dice: “...but they cannot eradicate the unmistakable signs of the negro race...”. Esta cita, tomada del libro de John Milton Fowles, *Down in Puerto Rico* (New York: Young’s People Missionary Movement of the United States and Canada, 1910), pp. 60-61, aparece en la primera página del ensayo de Cardoza-Orlandi.

⁴ Cardoza-Orlandi, op. cit., p. 100.

Segundo, el racismo institucional también se manifiesta en instituciones que tienen programas que buscan alcanzar la educación teológica en la comunidad latina, pero que lee muchas maneras la relega a un segundo plano. Con espanto, hemos visto como programas hispanos exitosos han sido cancelados de la noche a la mañana, por administradores que los han considerado innecesarios, onerosos y hasta divisivos. También hemos visto como algunos programas ofrecen cursos de gran calidad en español, pero no tienen personas de habla hispana en las oficinas que ofrecen servicios financieros o en las bibliotecas, lo que dificulta la interacción con el estudiantado y el funcionamiento de dichos programas.

Tercero, algunas denominaciones ofrecen programas en español, a veces en las instalaciones de seminarios reconocidos, pero solo al nivel de certificado o diploma en teología. Esto les da una educación teológica ministerial básica, también de buena calidad, cuyo defecto es que solo es avalada por la denominación. El estudiantado toma cursos y recibe certificados o diplomas que no conducen a grado acreditado alguno y que, en la mayor parte de los casos, solo tiene valor para la denominación que respalda el programa. Recientemente conocí a una pareja que ha tomado 24 cursos en doce años, con personas eruditas en distintas disciplinas teológicas, pero solo al nivel de instituto. Después de haber estudiado un currículum extenso por tantos años, han aprendido mucho, pero no tienen grado alguno. Eso implica que pueden seguir pastoreando, pero que no pueden ocupar puestos ejecutivos, pues estos requieren que quienes aspiren a ellos tengan, por lo menos, una Maestría en Divinidad. El sistema, aunque se diseñe con buenas intenciones, asegura que sus estudiantes de habla hispana permanecerán en una posición subalterna, excluidos de los puestos donde se toman las decisiones ministeriales, misionales y financieras de la denominación.

Todo esto nos enseña que el liderazgo de la iglesia protestante, pentecostal y evangélica en el mundo de habla hispana debe tomar la iniciativa en el desarrollo de programas de educación teológica y de los recursos educativos para sostener esos programas. Un ejemplo positivo, digno de apoyar y de replicar es la *Asociación para la Educación Teológica Hispana* (AETH), que desde el 1992 ha promovido la formación ministerial del pueblo latino por medio de asambleas, tertulias pastorales, programas educativos, la producción de libros escritos por personas hispanoamericanas y la producción de materiales audiovisuales, entre otras actividades.

Del mismo modo, necesitamos tomar la iniciativa a la hora de sostener financieramente estos programas. Tenemos la responsabilidad de crear programas novedosos que sirvan adecuadamente a nuestras comunidades de fe, en nuestros respectivos contextos. Esto implica que es necesario invertir recursos financieros para crearlos y sostenerlos, pues los costos reales de los programas de educación teológica son inmensos. Por lo regular, lo que paga un estudiante solo cubre una fracción del costo real de los cursos que recibe.

La dictadura de la pirámide educativa

La segunda causa de la crisis en la educación teológica que deseo señalar en esta ocasión es la dictadura de la pirámide educativa.

En los círculos educativos existe una clara división entre lo académico y lo práctico. Existe una presuposición implícita que matiza esta división: Se entiende que la “verdadera” inteligencia es la verbal-cognoscitiva, menospreciando todos los otros tipos de inteligencia. Para decirlo con mayor claridad, se entiende que sólo las personas que tienen el tipo de inteligencia que les permite dominar las materias teóricas y abstractas son verdaderamente “inteligentes”. ¿Cómo se manifiesta este prejuicio? En su expresión más sencilla, la mayor parte de la gente piensa que una persona con un bachillerato en matemáticas es más inteligente que alguien dedicado a la carpintería, el deporte o la plomería.

En el campo de la educación teológica esto se manifiesta en una marcada preferencia por las disciplinas abstractas, particularmente por la teología sistemática y los estudios bíblicos. Esta preferencia por lo teórico y lo abstracto crea la pirámide educativa. En el sistema de educación pública, la pirámide educativa se manifiesta en la sobre valoración de las disciplinas teóricas, particularmente de las ciencias y de las matemáticas. Los idiomas y las humanidades quedan en el medio de la pirámide. Al fondo, están las artes y los deportes. Hoy ese desprecio por las disciplinas prácticas es más claro, porque ante la crisis económica los distritos escolares en los Estados Unidos han eliminado los cursos considerados como no-esenciales, tales como las artes industriales, la educación física y las bellas artes, entre las cuales se encuentran el baile, la música, la pintura y el teatro. Esas clases se eliminan para reforzar la enseñanza de las ciencias y las matemáticas, que son vistas como las disciplinas más importantes. Por lo tanto, aquellos

y aquellas estudiantes que tienen inteligencias física-corporal, musical-rítmica o visual-espacial quedan al margen, mientras el sistema obliga a todo el estudiantado a tomar cursos de biología, química, física, álgebra y geometría.

Algo similar ocurre en las aulas de las escuelas teológicas, donde se privilegian los cursos de teología sistemática y de estudios bíblicos, con todo su rigor académico. En el medio de la pirámide quedan la ética y la historia, dejando al fondo la teología pastoral con sus múltiples disciplinas: homilética y predicación, espiritualidad, educación cristiana, liturgia y adoración, consejo y orientación pastoral, administración de la Iglesia y liderazgo, entre otras. La paradoja es evidente: el currículo de la mayor parte de los seminarios y de las escuelas teológicas dedica menos espacio al estudio de las disciplinas a las cuales los pastores y las pastoras de Iglesias locales dedican la mayor parte de su ministerio.



La pirámide educativa

Claro está, el pastor y la pastora promedio pasa la mayor parte del tiempo lidiando precisamente con esas áreas prácticas: predicando, educando, adorando, aconsejando, y administrando. Al igual que ocurre en la educación pública, los seminarios y las escuelas teológicas graduadas se esfuerzan en contratar docentes a tiempo completo en las áreas que consideran más importantes, tales como la Teología Sistemática, los estudios bíblicos y la historia de la Iglesia. Cuando escasean los recursos, en lugar de

contratar facultad a tiempo completo en el campo de la Teología Pastoral, se contrata “facultad adjunta” a tiempo parcial que ofrezca los cursos prácticos. Operando, a veces sin plena conciencia, sobre la base de la pirámide educativa, se ven los cursos prácticos como disciplinas de segunda categoría.

- En los mejores casos, las escuelas que no tienen facultad a tiempo completo contratan personas expertas en las disciplinas prácticas, pagándoles estipendios relativamente modestos por su labor.
- En otros casos, se llama a un pastor o una pastora de alguna iglesia local cercana para que enseñe estas clases.
- En aún otros casos, se contrata a una persona que enseña una disciplina afín al currículo, tal como psicología, pedagogía u oratoria, al nivel secular en alguna universidad cercana. El problema es que estos docentes no pueden enseñar al grupo a adaptar sus enseñanzas a la vida de la Iglesia.
- Y en los peores casos, se contratan personas que no tienen la preparación académica necesaria para ofrecer cursos al nivel de maestría sobre los temas asignados. Haciendo su mejor esfuerzo, enfocan en los aspectos prácticos, haciendo referencia constante a su propia experiencia, y relegando los aspectos teológicos del tema bajo estudio.

Inexorablemente, esto crea un desfase entre la teoría y la práctica. Dicho desfase es peligroso, pues divorcia la acción pastoral de la Iglesia local de la reflexión bíblica y teológica que debe alimentarla.

Yo mismo fui víctima de este sistema durante mis tiempos de estudiante, varias décadas atrás. En aquel momento, el *Seminario Evangélico de Puerto Rico* contaba con seis profesores a tiempo completo: tres en el área de Biblia; dos en el área de Pensamiento Cristiano (Teología e historia); y uno de Teología Pastoral (Consejo Pastoral & Educación Cristiana). El resto de los cursos quedaban en manos de facultad adjunta. Por ejemplo, mi profesor de administración eclesiástica fue un maestro y director de escuela retirado que había entrado al ministerio activo después de servir por 25 años en el sistema de educación pública del país. Del mismo modo, mi profesor de homilética y predicación fue un distinguido pastor de mucha experiencia, que estaba cerca del retiro. Estos líderes eclesiales, a pesar de su dedicación, sencillamente carecían de la formación académica necesaria para enseñar estos cursos de manera efectiva. Aunque sus

esfuerzos fueron dignos de admirar, cuando continué mis estudios me di cuenta de las grandes deficiencias y lagunas que tenía en estas disciplinas.

Aún así, cuando la *Asociación para la Educación Teológica Hispana* (AETH) me llamó en el 1992 a servir como su primer director educativo, me di cuenta que mi preparación teológica tanto en el *Seminario Evangélico de Puerto Rico* como en el *Seminario Teológico Cristiano* en Indianápolis no me habían preparado adecuadamente para servir como líder denominacional o como ejecutivo de instituciones para eclesiásticas:

- No estudié curso alguno de liderazgo, aunque tocamos el tema de manera ligera en el curso de Administración de la Iglesia.
- No aprendí a hacer un proceso de visión y misión para Iglesias, instituciones para eclesiásticas ni para instituciones teológicas.
- No aprendí cómo organizar, incorporar legalmente y dirigir una organización sin fines de lucro.
- No tocamos el tema del manejo de conflictos en la Iglesia, ni al nivel local ni al nivel denominacional.
- Y no aprendí como recaudar fondos de capital para organizaciones religiosas.

Todo esto tuve que aprenderlo a golpes, después de ser nombrado a puestos que me requerían hacer tareas nuevas.

Más aún, en aquellos cursos que tomé con personas expertas, el péndulo siempre se inclinó hacia lo teórico, no hacia lo práctico. Por ejemplo, dado que el Seminario en Puerto Rico tenía tres profesores de Biblia a tiempo completo, más de la tercera parte de mis cursos fueron en ese campo. Lo peculiar es que, en la inmensa mayoría de esos cursos bíblicos, el trabajo final era un ensayo o monografía académica. Uno debía aspirar a escribir un ensayo similar a los publicados en los comentarios bíblicos y en las revistas teológicas especializadas. Claro está, la mayor parte de los y las seminaristas tomaban cursos de Biblia con el propósito de producir estudios bíblicos y sermones para la Iglesia local. Permítanme preguntar, pues: ¿No hubiera sido más lógico asignar como tarea la redacción de estudios bíblicos y sermones?

Aún en mi caso, que es un poco distinto a la norma dado que he publicado ensayos académicos, comentarios bíblicos y libros de texto sobre diversos aspectos de la Teología Pastoral, la inmensa mayoría de mis escritos han sido estudios bíblicos y bosquejos o

manuscritos de sermones. Una vez más, mis estudios al nivel de seminario no me prepararon para lo que ha sido mi actividad literaria principal: la producción de material curricular para la Escuela Bíblica Dominical. Al sol de hoy, he publicado más de 1,000 lecciones. Empero, debo reconocer que las primeras lecciones que escribí fueron deficientes: Estaban mal diseñadas, mal redactadas y carecían de un nivel académico estable, pues algunas eran muy abstractas y otras demasiado sencillas. No fue hasta después de publicar más de 75 lecciones que comencé a comprender cómo trabajar este tipo de publicación, gracias a un taller que tomé con Justo L. González. ¡Ni los cursos de Biblia ni los de educación cristiana me prepararon para producir lecciones para la Escuela Bíblica Dominical!

Debe quedar claro, pues, que la Teología Pastoral, en general, y las disciplinas que la componen, en específico, son eminentemente teológicas. La mejor teología es reflexión sobre la práctica de la fe. La conversión que lleva a la adoración y a integrarse a la Iglesia como comunidad de fe es el acto primero. La reflexión teológica sobre esa experiencia de fe es el acto segundo. La mejor reflexión teológica conduce a un proceso constante de acción y reflexión, donde la práctica informa la teoría y la teoría refina la práctica. Buscamos, pues, la integración de la teología en la vida de la Iglesia, de manera que la comunidad de fe viva de manera congruente con sus enseñanzas.

Por lo tanto, es crucial que nuestros programas de estudio subviertan la pirámide educativa. Nuestros currículos deben modelar el proceso de acción y reflexión que ocurre en la Iglesia local, preparando al ministerio cristiano para ejecutar con diligencia las tareas pastorales que son vitales a toda congregación, sobre la base de reflexión teológica y estudio bíblico de excelencia.

La falta de creatividad

La tercera causa de la crisis en la educación teológica es la falta de creatividad que aqueja a nuestros programas educativos. Una vez más, este problema se manifiesta primeramente en la educación en general, donde se penaliza a los y las estudiantes que se apartan de las normas establecidas.

Nótese que la educación escolar espera que la inmensa mayoría del estudiantado domine las mismas destrezas a la misma edad. Si tres cuartas partes del grupo domina

la destreza bajo estudio, tiene que esperar que la cuarta parte restante entienda el tema ya enseñado antes de avanzar al próximo. De este modo, se mata la iniciativa, se penaliza la creatividad y se fomenta un aburrimiento atroz en parte del estudiantado.

El sistema escolar busca la uniformidad y, por lo tanto, la homogeneidad. En lugar de promover la diversidad, la curiosidad y la creatividad, el sistema ignora y hasta castiga a quienes se salen de la norma establecida.

¿Cómo se manifiesta este fenómeno en el campo de la educación teológica? La falta de creatividad se manifiesta de varias maneras.

En primer lugar, el currículo de las diversas escuelas teológicas tiende a ser muy parecido. El currículo básico incluye uno o más cursos sobre las siguientes áreas:

1. Pensamiento cristiano

- Introducción a la teología sistemática
- Historia de la Iglesia y del Pensamiento cristiano
- Ética cristiana
- Iglesia & Sociedad
- Historia y teología del movimiento que auspicia el seminario
- Cursos especializados en algún aspecto de la teología o de la historia

2. Biblia

- Introducción a la Biblia
- Introducción al Antiguo Testamento
- Introducción al Nuevo Testamento
- Hermenéutica o Interpretación bíblica
- Cursos especializados sobre libros o temas bíblicos

3. Teología Pastoral

- Adoración y Liturgia
- Administración de la Iglesia
- Consejo y Psicología pastoral

- Educación cristiana
- Evangelización & Misión
- Homilética o Predicación
- Liderazgo

En la década de los 1980 se incorporaron al currículo cursos interdisciplinarios, tales como Fenomenología y Sociología de la Religión, que resultaban ser muy teóricos. En América Latina se crearon cursos de “pastoral” para distintas comunidades, por ejemplo, pastoral de la niñez, de la juventud, de la mujer, etc. Estos cursos eran verdaderamente interdisciplinarios, pues combinaban perspectivas bíblicas, teológicas y pastorales sobre las distintas disciplinas. Sin embargo, hoy son pocas las escuelas que los ofrecen.

De primera intención, la lista parece balanceada. Podría teorizarse que los cursos se dividen equitativamente en cada una de las áreas. Sin embargo, en la práctica la situación es distinta. Volviendo a mi propio caso, de los 30 cursos que tomé como parte de mi Maestría en Divinidad, tomé 14 cursos de Biblia y 10 de historia y teología, y solo 6 en las disciplinas pastorales. En parte, esto se debió a que tomé los idiomas bíblicos (aunque ya había estudiado griego en la universidad). Pero el hecho de que la mitad de la facultad a tiempo completo enseñaba en el campo de Biblia, prácticamente nos obligaba a tomar la mayor parte de los cursos electivos en ese campo.

Continuando con esta letanía de calamidades, el hecho es que aun los pocos cursos prácticos que se ofrecen muchas veces están desfasados. Por ejemplo, mi área de especialidad es la predicación, particularmente la predicación bíblica. Durante los pasados años le he recalado a todas las personas que me lo han preguntado que los cursos de homilética y predicación que no consideren el uso de las redes sociales para la proclamación del Evangelio están desfasados, al punto de ser casi inútiles. Para tener actualidad, todo curso de homilética y predicación debe incluir algunas nociones sobre la producción de audio y vídeo para colocar en y descargar desde plataformas de Internet. ¿Por qué? Porque la difusión de audio y video bajo demanda— por medio del Podcasting y en plataformas como YouTube—es un elemento crucial para el crecimiento y supervivencia de cualquier comunidad de fe hoy. Lo que es más, si queremos preparar agentes pastorales que puedan alcanzar a la juventud es imperioso que desarrollemos cursos sobre espiritualidad y tecnología en los tiempos del Internet.

Ken Robinson, el insigne educador británico, define la creatividad como el proceso de tener ideas originales que posean valor. Esto lo veremos en detalle en la próxima conferencia. De todos modos, permítanme avanzar la siguiente idea basada en sus escritos: Las instituciones de educación teológica y preparación ministerial debemos desarrollar e implantar programas que fomenten la creatividad tanto de la facultad como del estudiantado, particularmente en el campo de la Teología Pastoral.

Si las instituciones de educación teológica no atienden a este reclamo, ocurrirá algo similar al fenómeno que está ocurriendo en la educación general. Mientras gran parte de las escuelas continúan enseñando currículos anticuados, encontramos en el Internet páginas web dedicadas a la educación cuya creatividad es asombrosa. Portales tales como Khan Academy, Udemy y iTunes U, entre muchas otras, están transformando la transmisión de contenidos educativos. Y todo cambio en la forma también implica un cambio en el contenido.

Hoy los cursos meramente presenciales han desaparecido en muchas instituciones de educación teológica, pues hasta el estudiantado matriculado en cursos presenciales usa plataformas educativas electrónicas para acceder a lecturas, documentos en formato PDF, presentaciones electrónicas (en Powerpoint, Keynote o Prezi), archivos de audio o vídeo y exámenes en formatos electrónicos. Por lo tanto, prácticamente todos los cursos tienen algún componente cibernético, sean híbridos, en línea (asincrónico) o vía conferencia (sincrónico). Del mismo modo, hoy podemos acceder a recursos bibliográficos en línea desde cualquier lugar con una buena conexión al Internet. No solo podemos descargar ensayos, artículos y capítulos de libros en formato PDF, sino que hasta podemos pedir libros electrónicos (eBooks) prestados por medio del archivo digital de la biblioteca.

Conclusión

Si queremos que nuestras instituciones de educación teológica establecidas superen la crisis que les aqueja y que las nuevas instituciones eviten caer en los errores del pasado, es necesario:

- *Superar* los atavismos del pasado colonial, desarrollando programas educativos arraigados a la comunidad hispanoamericana, cuya facultad esté compuesta de

personas eruditas de habla hispana con una experiencia de fe profunda y un claro compromiso con la Iglesia de Jesucristo. Debemos, pues, invertir recursos financieros para crear y sostener estos programas.

- **Subvertir** la pirámide educativa, privilegiando los cursos de Teología Pastoral que nuestro liderazgo necesita para servir adecuadamente a las Iglesias locales, denominaciones e instituciones para eclesiásticas hispanas. Dado que la teología es reflexión sobre la práctica de la fe, debemos cultivar procesos de acción y reflexión, donde la práctica informe la teoría y la teoría refine la práctica.
- **Fomentar** la creatividad en las instituciones de educación teológica a todos los niveles, invitando al estudiantado, a la facultad y la administración a soñar “sueños de Dios”, que podamos convertir en proyectos educativos efectivos, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo.

En conclusión, busquemos la integración de la teología en la vida de la Iglesia, de manera que la comunidad de fe viva de manera congruente con sus enseñanzas. Fomentemos diálogos creativos entre la teología (sistemática, bíblica y pastoral) y la vida cotidiana de la Iglesia, en sus diversas expresiones y en sus distintos contextos sociales. Al fin y al cabo, este diálogo teológico es el corazón mismo de la teología pastoral.